



Un héroe con enaguas

—¡Te digo que sí!
—¡No!
—¡Sí, sí!
—¡No, no y no! No es *Gringalet* el que tira; es *Josefina*.

Gringalet y *Josefina* eran... dos cañones; nuestros interlocutores, dos zuavos; la escena pasaba en los alrededores del campamento francés de Crimea, bajo los muros de Sebastopol, en la madrugada del 15 de junio de 1855.

Pero, ante todo, dos palabras sobre Crimea y Sebastopol, donde tan bruscamente hemos transportado á nuestros lectores. El temor de que el emperador Nicolás de Rusia, en guerra con el sultán Abd-ül-Medjid, se apoderara de Constantinopla, decidió, en 1854, á Francia y á Inglaterra, á enviar un poderoso ejército en ayuda de los turcos. El principal teatro de la guerra fué Crimea, y á pesar de la larga y enérgica resistencia de los rusos, la toma por el ejército aliado de Sebastopol, el puerto principal de aquella casi isla, y el gran arsenal ruso del mar del Norte, debía poner fin á las hostilidades.

En el transcurso de aquel siglo memorable, los zuavos habían bautizado con nombres extravagantes á los cañones de la plaza, y en el cañoneo diario tenían la pretensión de distinguir sus diversas voces.

—¡Es *Gringalet*!

—¡Es *Josefina*...

Un sonoro ¡alto! cortó bruscamente á la discusión. Ante los dos zuavos acababa de aparecer de pronto un oficial: su capitán.

—¡Hola!... ¿Venís de merodeo, eh?

Uno de los culpables bajó la cabeza; el otro, un joven rubio, miró descaradamente á su superior y le dijo:

—Dispense usted, mi capitán; estábamos de servicio en el polvorín.

—Y esto, lo has encontrado en el polvorín? ¿Qué proyectil tan raro!

Mientras esto decía sacó el capitán una botella de vino que asomaba por uno de los bolsillos del soldado, y luego, agregó con severidad:

—Esto es grave; ¡un robo!

—Mi capitán.

—¡Silencio, Furet! No compliques tu falta con nuevas mentiras.

Y llevándosele aparte, le dijo:

—Tá!... ¡Tá, Furet, convertido en ladrón!... Nunca lo hubiera creído. Mereces la cárcel, y la cárcel ante el enemigo, es la deshonra... Escúchame con atención y no olvides lo que voy á decirte. Por consideración á tu santa madre, en quien deberías pensar con más frecuencia, te perdono una vez más;

pero te doy mi palabra de soldado de que será la última.

—Gracias, mi capitán, yo...
—No me digas nada. Las palabras se las lleva el viento. Obras es lo que yo quiero. Ve á unirte con tu camarada y volve á vuestro puesto... *Yo no os he visto*.

El capitán Jaime era un buen jefe, tan valeroso como bueno, y Furet, el hijo de la que fué nodriza del capitán, una bala perdida. El muchacho quiso enrolarse con los zuavos al principio de la campaña, y su madre se lo confió al capitán. Desde su llegada á Crimea había cometido tantas faltas, que su conducta había llegado á ser un peligroso ejemplo para sus camaradas. Sin embargo, no carecía de valor y lo había probado en más de una ocasión.

—Quiera Dios que sea ésta su última falta—decía el capitán regresando á su tienda.—Merodeador y embustero... Mal camino lleva.

La noche de aquel día había representación de gala en el Teatro de los Zuavos.

¡El teatro de los zuavos! ¿Qué podía ser semejante teatro? pues, sencillamente una de las pruebas más bulliciosas del buen humor francés que, en la guerra como

en la paz, no pierde nunca sus derechos. Alentados por sus oficiales, descosos de hacer olvidar un momento las miserias del sitio, los soldados del segundo de zuavos habían levantado en el centro del campamento un teatrillo, que llegó á ser célebre, en el que ciertas noches, representaban obras compuestas por ellos mismos.

Aquella noche se estrenaba una obra de la que se aseguraba el éxito. En primera fila tomaron asiento los dos generales en jefe de los ejércitos francés é inglés, detrás los oficiales de ambas naciones, y luego, se colocaron de pie, todos los soldados franceses de guardia.

La escena culminante de aquella obra era un duelo á carabina entre la sirvienta Batifole—papel que representaba admirablemente Furet, quien se había hecho un traje de mujer con mucha maña—y un americano. Las graciosas muecas que hacía Furet para expresar el miedo que tenía de tirar, hacían prorrumir en carcajadas á los espectadores.

—¡Pum!—hizo por fin su carabina.

—¡Pum!—respondió la de su adversario.

—¡Pum! ¡Pum!—repitió el eco, mientras que Furet, simulando haber sido herido, se dejaba caer cómicamente.

En el mismo instante se oyeron varios tiros con gran sorpresa de los espectadores

(Sigue en la pág. 115).

